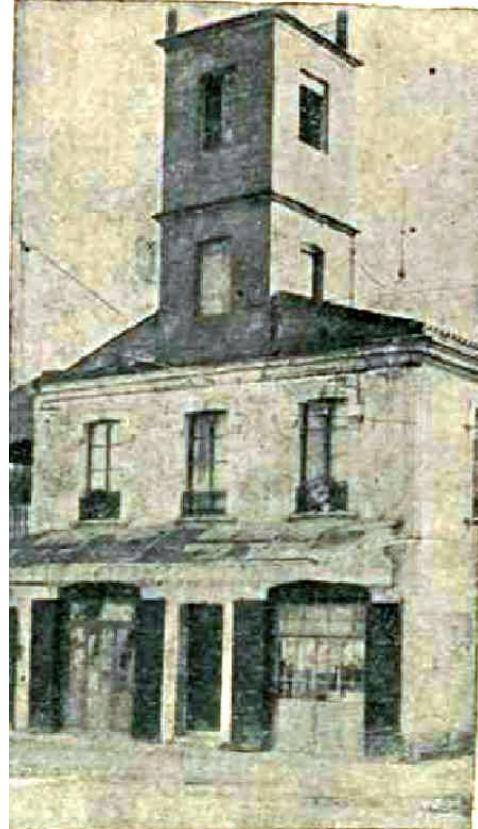


CASA DE LA FAMILIA BLASCO IBÁÑEZ

Luis Manuel Expósito Navarro (UNED)

Pocas son las “torretas miramar” que quedan en Burjassot como testigos de aquella colonia veraniega en que se convertía la localidad en pascua y verano. Hoy, totalmente restaurado, es sede de una entidad crediticia en sus bajos y de la dirección de la Policía Local de Burjassot, pero el edificio ubicado en el número 2 de la plaza de Emilio Castelar posee una historia muy dilatada. Aquí adquirieron un terreno y en él levantaron la casa los padres de Vicente Blasco Ibáñez en **xxxx**. Aquel adolescente pasaba allí los veranos y las pascuas hasta que se hizo adulto, pero el recuerdo de aquellos días lo tenía tan grabado en su memoria que en cuanto pudo lo dejó reflejado en su novela *Arroz y Tartana*. En la última década del siglo XIX se instaló en la planta baja del edificio el bar de Pedrós, local donde en una conversación entre tertulianos se fraguó la decisión de la construcción entre 1895 y 1897 del Trinquete de Burjassot en los terrenos de la familia Sequera.



Después de la Guerra Civil, la “torreta miramar” pasó a ser propiedad del ayuntamiento, que optó por instalar en su piso superior una moderna biblioteca, mientras se mantenía el bar de Pedrós en la planta baja. Atrás quedaría aquel primer intento de creación en 1934 de una biblioteca en el “Embarronat” de los Silos, ante la negativa de Valencia, pero ahora, gracias a la iniciativa del ayuntamiento y a la buena mano del director general de Archivos y Bibliotecas, Miguel Bordonau Mas, muy ligado a Burjassot, donde llegó a formar una familia, se inauguraba una biblioteca modélica y casi única entre poblaciones no capitales de provincia. Durante muchos años aquella biblioteca fue germen cultural y sede de exposiciones y concursos de pintura, escultura o carteles anunciadores de las fiestas. A partir de 1950 comienza la colaboración asidua del periodista y escritor Vicente Andrés Estellés en cuantos certámenes literarios o culturales se organizan. En 1960 la biblioteca contaba ya con 3.800 volúmenes, 31.000 lectores y 824 socios, pero se quedaba pequeña conforme crecía la población y el número de lectores. Por ello, cuando se reconvirtió en Casa de

la Cultura el edificio de los condes de Trigona, durante casi un siglo sede de la Estación Fitopatológica, se trasladó la biblioteca a sus nuevas dependencias, mientras quedaba sin uso la casita que había construido con tanto esfuerzo la familia Blasco Ibáñez.